

# BILBILIS Y EL NACIONALISMO VASCO EN LA OBRA LITERARIA DE PIERRE LHANDÉ

Hace unos meses recibíamos la invitación a participar en un libro homenaje al amigo, antiguo maestro, compañero, investigador, persona incansablemente curiosa, con una sorna a prueba de bombas y con una especial capacidad para el análisis y la crítica como hemos encontrado pocas en nuestra vida. Pero ante todo Ignacio Barandiarán es para mí un amigo, un viejo amigo ya, de esos cuyo nombre conservamos con letras áureas en lo más profundo del corazón.

Cuando llegó la propuesta, hurgamos en nuestros recuerdos y en la menguada capacidad para escribir de algo que estuviera relacionado con su especialidad mas habitual, la Prehistoria, pero inmediatamente nos acordamos del curioso universal y optamos por no arriesgar en campo ajeno, para volver a los orígenes con un tema sencillo que seguramente hará sonreír a él y a mas de uno.

En los años en que iniciábamos nuestra andadura investigadora sobre Bilbilis, la ciudad en que naciera el poeta latino Marco Valerio Marcial, —que presunción llamar a aquel inicio investigación, que pompa innecesaria—, cayó en nuestras manos una cita, en aquel momento calificada de curiosidad intrascendente, fruto de un erudito barroco<sup>1</sup> que como tantos otros recogía noticias y transmitía argumentos mas o menos consistentes dotándolos de tinte a veces mitológico para los propósitos al uso<sup>2</sup>. No dimos mas importancia a la noticia que archivamos entre las de extravagancia manifiesta.

Hace pocos años de la mano de un buen amigo<sup>3</sup> nos llegó un librito especialmente valioso y doblemente curioso, la novela de Pierre Lhandé<sup>4</sup>, Bilbilis, en su edición española de Editorial Voluntad, Madrid, 1947<sup>5</sup>. Desde el primer momento el título nos recordó aquella antigua y olvidada cita del clérigo Gabriel de Henao del siglo XVII en la que asociaba Bilbilis con Bilbao, no andábamos desencaminados.

La curiosidad nos llevó a hurgar mas, en primer lugar en el autor, casi desconocido en ese momento para nosotros, entrando de lleno en el ambiente mas tradicional de las costumbres vascongadas y

<sup>1</sup> Henao, Gabriel de, S.I., 1612-1704. *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria ; enderezadas principalmente a descubrir las de Guipuzcoa, Vizcaya, y Alaba, provincias contenidas en ella...* / Autor el Padre Gabriel de Henao... — En Salamanca : Por Eugenio Antonio Garcia, 1689-1691 . 2 v.

*Oihenart and the sujet of basque origins*, en version PDF, de Larrañaga, Koldo. Universidad del País Vasco.

<sup>2</sup> Recogida en MARTIN-BUENO, M. 1975. *Bilbilis Estudio Histórico Arqueológico*, p. 19. Zaragoza.

<sup>3</sup> Joaquín Lizana Salafranca, bibliófilo y egiptólogo reconocido.

<sup>4</sup> Pierre Lhandé (1877-1957). Su apellido original era Besagaitz pero prefirió adoptar y adaptar el seudónimo de su abuelo. Fue estudiante en los seminarios de Maule y Bayona fue querido por el ejército para que

les enseñara francés a los reclutas vascos. A su regreso al seminario prefirió escribir a la teología lo que motivó su expulsión del centro. Fue ordenado sacerdote jesuita en 1910. Escribió mucho tanto en euskera como en francés, destaca sin duda alguna, el Dictionnaire Basque-Francais. Este diccionario publicado en 1926 no es un simple diccionario en dos lenguas, sino también una magnífica relación del léxico utilizado en el norte de Euskal Herria. En 1918 participó en el I. Congreso de Eusko Ikaskuntza y en 1919 fue nombrado académico de Euskaltzaindia. Fue profesor de euskera y literatura vasca en la Universidad de Toulouse.

<sup>5</sup> La edición original en francés, de igual título vio la luz en Paris a cargo de la Librairie Plon en múltiples ediciones, la que nosotros hemos consultado, la 13, se publicó en 1926.

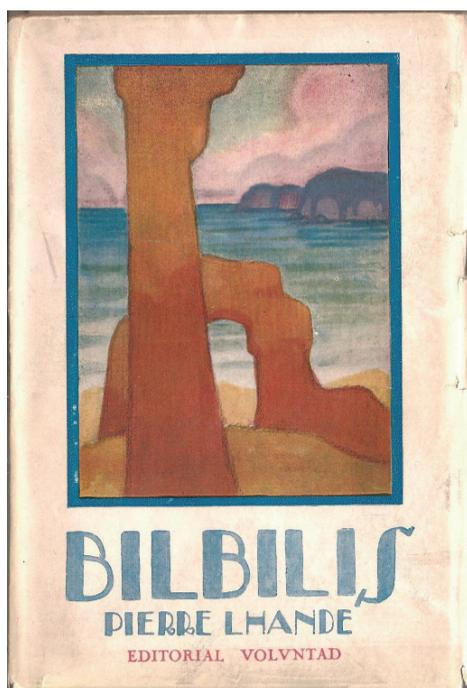


FIGURA 1.

en la importancia que siempre ha tenido y sigue teniendo el sector religioso en todos los ámbitos de su vida, especialmente en el pasado y sobre todo en el entorno cronológico y social que le tocó vivir, marcado por la Gran Guerra. Pierre Lhande se incorporó al esfuerzo militar del país vecino, como maestro de los iletrados o poco letrados muchachos, soldados en ciernes, que se incorporaban a las filas del ejército francés procedentes de las provincias vascas situadas al norte de los Pirineos.

La figura de Pierre Lhande no deja de ser en cierta medida la de un hombre que invita a la curiosidad y voces más autorizadas que la mía han profundizado en el personaje analizado la influencia que tuvo en la creación y mantenimiento de algunos de los tópicos sobre la sociedad vasca.

Pero volvamos a lo nuestro, Bilbilis y Bilbao. Recogida la mención del erudito del siglo XVII, sirve al argumento nuclear del relato novelado, seguramente tras un conocimiento y comprobación de las fuentes clásicas mencionadas por el propio Henaó, que por otra parte no debían en modo alguno ser ajenas a la sólida formación intelectual de un jesuita como Lhande. Las fuentes antiguas son los hispanos Marcial y Quintiliano básicamente por su proximidad al territorio vascón en el caso del calagurritano.

Marco Valerio Marcial menciona su patria chica Bilbilis y por ende su riqueza en armas y caballos<sup>6</sup>, aludiendo a la calidad de aquellas, forjadas por las aguas del Jalón o el Queiles que les facilitaban un temple especialmente apreciado en la antigüedad<sup>7</sup>. Por otra parte la pertenencia o vecindad a la celtiberia en sentido amplio, conectaba a las mil maravillas con pueblos que otrora defendieron arduamente su independencia frente a Roma, los celtíberos, o que colaboraron activamente con la potencia conservando privilegios como los vascones, pero este recuerdo era menos oportuno para nuestro autor.

<sup>6</sup> Marcial, Ep. I, XLIX.

<sup>7</sup> Plinio, Nat His, I, 34, 14; Marcial, Ep. IV, LV.

La referencia fácil de Henao en el siglo XVII, fundamentada en una simple proximidad fonética entre ambos vocablos, seguiría la tónica habitual de muchos autores de la época, clérigos en su mayoría, pero se aleja a nuestro juicio de esta explicación simplista, cuando la retoma Lhandé. El relato de nuestro curita vascofrancés, de apellido netamente vascuence, Besagaitz, abandonado para recoger y adaptar el de su abuelo por razones que no vienen al caso, reúne en una sinfonía a la vez compleja, profusa y confusa un argumento en el que se lanza una crítica social contra la burguesía capitalina, tanto parisina como española, que se da cita en torno a los casinos de la riviéra atlántica francesa, Biarritz, San Juan de Luz, en un intento de marcar la diferencia entre esas gentes, desvinculadas del territorio que pisan, y sus auténticos propietarios por derecho ancestral, los vascos, cultural y étnicamente ajenos a esa otra realidad burguesa, urbanita, decadente y descreída.

La sociedad retratada que antepone el lujo a los valores tradicionales, es sometida a una crítica acre negándole muchos valores como: conciencia religiosa, respeto a las tradiciones e ignorancia de estas como sustento primordial del territorio que sobrevive al cambio económico y social de los nuevos y convulsos tiempos de los primeros decenios del siglo XX. Esta supervivencia por el contrario se verifica gracias al esfuerzo de los pequeños propietarios, a la defensa del terruño y los valores tradicionales y a la participación en las estructuras económicas más innovadoras de una serie de empresarios salidos del pueblo y conscientes de su deuda con él.

Se nos presenta una sociedad dividida en la que los depositarios de la verdad, son unos pocos clarividentes guiados por la mano benefactora de la Iglesia rural siempre cercana a los individuos, las familias y sus tradiciones.

El argumento escogido por Lhandé se enmarca en una conjura universal conducida por el ateísmo comunista internacional, que amenaza, nada más y nada menos, con secuestrar al Sumo Pontífice de su sede romana para acabar con la religión y la sociedad. Junto a tal convulsión, se presenta la lucha entre naciones y la amenaza, predicada sin gran éxito por un cura vasco, que se mueve en los círculos ilustrados y amante de la observación astronómica, de un cataclismo que, como definitivo Armagedón, destruirá nuestro planeta con sus habitantes, merecedores de tal suerte al haber abandonado la fe cristiana. Una isla de paz, los amores de una pareja sencilla de profunda raigambre autóctona, organista él, de nombre Marichu ella, están llamados a ser los depositarios del futuro de la raza que ha de sobrevivir prodigiosamente al final del relato.

Toda esa trama fantástica debe contar con un alma benefactora que haga posible el milagro de enderezar las cosas, que no son otras, que conseguir por la fe, que el cataclismo cósmico no sea definitivo, que la sociedad vasca retorne al redil de la religión católica y, que de la experiencia, salga reforzada una sociedad que va a tener la ocasión de reunirse y cobrar conciencia de pueblo por vez primera por obra y gracia de las circunstancias adversas (la adversidad *une*) y la mente clarividente y providencial de un industrial vizcaíno, Don Martín. Este hombre, como nuevo Moisés, reunirá en un arca subterránea construida en las entrañas de los montes de Oyarzun, bajo las Peñas de Aya, a toda la nación vasca, las siete provincias, incluida Navarra, para servir de elemento nuclear de la nueva sociedad mundial superviviente del cataclismo que aniquilará el planeta.

La aproximación al título de nuestra breve aportación, Bilbilis y Bilbao, viene de la mano del industrial empresario vizcaíno y radicado en Bilbao, polifacético y al mismo tiempo conservador en sus empresas de: minería, siderurgia, comercio, navieras, banca, comercio a gran escala, pero al mismo tiempo conecedor de todos y cada uno de sus empleados, colaboradores y obreros a quienes trata con el mimo y deferencia de un padre, siguiendo una tradición empresarial de raigambre familiar muy enraizada en estos territorios. Don Martín de Amézaga, profundo creyente, al mismo tiempo que innovador en sus ideas, es ingeniero industrial de formación, capaz de construir instalaciones eléctricas modernas, crear obras hidráulicas, puertos e industrias casi de futuro, pero siempre en con-

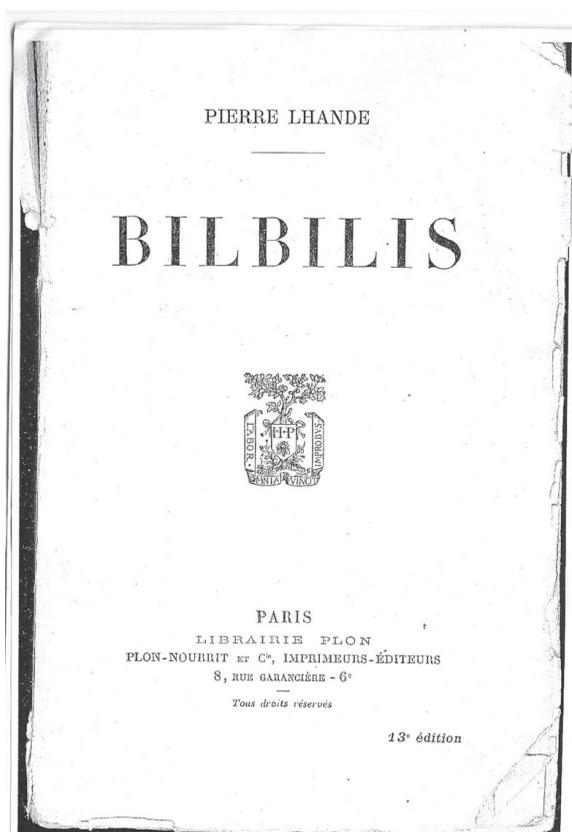


FIGURA 2.

tacto con el pueblo del que procede y con las bases culturales y religiosas del mismo. Este hombre es quien presta oídos a las predicciones catastrofistas del padre Mourville y se dispone a actuar.

El proyecto es crear una ciudad subterránea que se llamará Bilbilis, en los montes de Arbiturri, con clara referencia a las minas romanas de hierro de similar nombre en la zona de Oyarzun. En esta ciudad se reunirá a todas las gentes vascas a través de las Diputaciones que actúan de elemento canalizador de tal empresa junto con la iglesia. La colaboración a estas alturas del relato, del Cardenal de Urbietta, mandatario papal, es completa lo que asegura una correa de transmisión formidable desde los púlpitos, que repiten la predicación de la buena nueva de un futuro de igualdad, sin ricos ni pobres, propietarios o colonos, alejada de la impiedad. Todo ello asegurado por una raza privilegiada unida por sus creencias, tradiciones, y sobre todo la religión y la lengua, se trata de Euskalerría.

El relato desgrana a modo de narración épica, subiendo el tono, conforme se acerca el desenlace, todo el proceso de reunión de las distintas poblaciones que han debido abandonar sus hogares, propiedades y pertenencias para refugiarse en Bilbilis, donde la previsión de Don Martín debía acogerlos. Pero tal empresa no se llevaría a cabo sin dificultades. A la necesidad de convencer a algunos se unió la necesidad de hacer frente, literalmente por las armas, (sección de ametralladoras, mandada por el hijo del prócer, incluida), a las tropas rojas que llegaban invadiendo el territorio desde la parte de España por los territorios de Aragón y a las que se haría frente en la frontera de Navarra, en los vados del valle. Había que impedir, que la desbandada universal que se produciría, conforme se ave-

cinase el cataclismo, no bloquease las entradas al seguro refugio de Bilbilis. Mientras el Papa había conseguido huir de Roma y llegar milagrosamente al refugio del Castillo de Javier<sup>8</sup> donde deseaba esperar el fin hasta que es arrebatado *in extremis* a la barbarie roja que había invadido la zona, siendo salvado para conducir a la raza escogida hacia una nueva era. Las defensas de Bilbilis están en las Peñas de Aya, en cuyo interior reina el orden más escrupuloso fruto de la previsión y de la confianza en un futuro asegurado por la fe y el poderoso talismán que supondrá la presencia del Sumo Pontífice que se espera con fervor, a la sazón Urbano IX.

La epopeya novelada llega al final con el encierro providencial en el lugar seguro, con todos los pueblos vascos escuchando el órgano de Santa María de San Sebastián rescatado de la inminente destrucción e instalado a orillas del lago subterráneo de Bilbilis. El pueblo canta el *Dies Irae*, acompañando la música del joven organista de la historia, en espera de lo inevitable. La profecía del padre Mourville se cumple en parte, se colapsan las instalaciones y hubo de regresar el pueblo de Dios a las antiguas costumbres de los pastores del Gorbea, cociendo la leche introduciendo guijarros ardientes en los kaikus, se recuperaron antiguas tradiciones artesanas de la piel, la madera, el metal, el hueso y hasta el sílex que convivían por necesidad con el milagro de la bombilla eléctrica.

El largo periodo de encierro termina por encender los ánimos y hacer estallar revueltas que los miqueletes vizcaínos se iban a encargar de reprimir para evitar el fin de la humanidad. En el momento culminante cuando todo parecía anunciar un baño de sangre, Uranga, uno de nuestros protagonistas lanza un grito penetrante, el del himno sagrado del Gernikako Arbola y súbitamente cesa el ambiente fratricida y criminal, para dar paso a una emoción contenida, que enlaza con la entrada de un cortejo de ancianos sacerdotes, que conducen vacilante a una figura venerable, el Aita Sandua, el Santo Padre. El Papa había sido salvado en el último momento de la proximidad de los Soviets de Huesca y estaba con ellos, diciéndoles que eran su pueblo bendito de los vascos, que iban a salvarse, al tiempo que les impartía su bendición.

La ciudad subterránea de Bilbilis cuyo parentesco con Bilbao es ficticio desde el siglo xvii, es recogida aquí aprovechando las concomitancias de la industria del hierro y la renombrada siderurgia que cantó Marcial, con la de la ciudad moderna y pujante del prohombre Don Martín de Amézaga. Esta Bilbilis moderna está unida en el relato por un estrecho y angosto valle con el océano (Mar Cantábrico en la zona de Rentería) por el que los refugiados verán de nuevo los horizontes que creían haber perdido para siempre. El lago subterráneo de Bilbilis, bajo las Peñas de Aya y las galerías construidas por la mano diestra de los mineros vascuences, siguiendo los planos del ingeniero, el piadoso Don Martín, es el centro de convivencia de todos los habitantes de los siete territorios históricos que sienten el nacer de una nación privilegiada y única protegida por Dios.

El colofón que enlaza el futuro y el pasado, que nos vuelve los pasos sobre la antigua Bilbilis, se manifiesta en forma casi milagrosa al derribar los refugiados unas rocas para buscar una salida. Entonces contemplan como bajo las aguas del lago, que se escapan por las convulsiones del cataclismo exterior, aparece toda una ciudad antigua de aspecto mágico, con avenidas regulares, pavimentadas con losas, casas aterrazadas (las *pendula tecta* y *acutis pendentem scopulis* de Marcial)<sup>9</sup>, mansiones relucientes con sus mármoles, arcos, pórticos, estatuas de sus ídolos en las plazas. Una ciudad que además recogía el mito de la Atlántida perdida y que se hallaba, nada más y nada menos, que en Guipúzcoa.

La narración de resabios épicos de Pierre Lhandé recupera de un plumazo buena parte de los elementos más característicos de las tradiciones vascas dándoles un argumento en el que se busca

<sup>8</sup> Curiosa coincidencia entre el topónimo y el jesuita escritor.

<sup>9</sup> Epigramas, X, XX.

ante todo marcar de forma decidida una personalidad como pueblo y como raza. La apoteosis de Euskalerría de la mano de las tradiciones más arraigadas, la iglesia y la modernidad que representa el piadoso industrial. Todo ello pretende simbolizar el futuro de un pueblo unido en la esperanza por salir de las tinieblas, a las que forzosamente se habían retirado de la mano de nuestro prohombre, para escapar de la ruina universal simbolizada por el cataclismo del padre Mourville. Se pone especial acento en el ateísmo fruto del capitalismo y su enfrentamiento inevitable con el comunismo, que en aquellos años había surgido con fuerza tras la Revolución de Octubre, amenazando con subvertir el orden establecido de las burguesías europeas.

La novela olvidada de este jesuita, adalid del nacionalismo vasco más tradicional nos sirve de coartada para recuperar una imagen del viejo *municipium civium romanorum*<sup>10</sup> de *Bilbilis Augusta* inédita, en la que, junto a realidades imaginadas, quedan otras fantásticas que la enlazan con leyendas y mitos tradicionales, recuperadas y reeditadas por la fértil pluma de quién tenía seguramente más de idealista que de hombre de iglesia.

MANUEL MARTÍN-BUENO  
*Universidad de Zaragoza*

<sup>10</sup> Plinio, Nat.His.III,3,4.